

**El proyecto político e intelectual de las Cátedras Nacionales. Narrativas  
anticolonialistas y tercermundistas.**

Ghilini Anabela, Licenciada en Sociología

(UNLP-IdIHCS/CONICET)

[anabelaghilini@conicet.gov.ar](mailto:anabelaghilini@conicet.gov.ar)

**RESUMEN**

Las Cátedras Nacionales surgen en la Universidad de Buenos Aires durante el período 1966-1973 y son frecuentemente señaladas como el ingreso del peronismo en la universidad, en tanto estimularon la reorientación de militantes, franjas de intelectuales y estudiantes hacia dicho movimiento. Estas cátedras se propusieron renovar el ámbito de las Ciencias Sociales y articular el conocimiento acerca de la realidad social nacional y latinoamericana con la lucha por la liberación y la revolución. Los principales temas de estas cátedras giraron en torno a la “liberación nacional” y la antinomia “imperialismo-tercer mundo”. Cuestionaron la tradición intelectual europea como inadecuada para pensar la realidad de “los países periféricos” y por ello incorporaron al mundo académico bibliografía propia de la corriente del “pensamiento nacional” junto con escritos de líderes políticos tercermundistas (Artigas, Bolívar, Sandino, Perón, Cooke y Mao Tse Tung) y revalorizaron lo que Gino Germani habría considerado “ensayismo”. En este trabajo nos proponemos caracterizar el contexto de surgimiento del proyecto político de las Cátedras Nacionales y a su vez, profundizar acerca de su perspectiva de análisis de la cultura.

**INTRODUCCIÓN**

El periodo que comienza en 1955 con el derrocamiento del peronismo, produjo el cierre de un ciclo histórico por el agotamiento del modelo de acumulación y la drástica alteración del modelo de gestión político-estatal. El resultado que tuvo la exclusión del peronismo del plano electoral y de la acción política legal fue complejo. Según C. Altamirano (2001), dos grandes “cuestiones” se presentaron en aquel momento ligadas a la manera de un “nudo de exigencias contrapuestas”: la tarea de “desperonizar” y la de

asimilar las masas peronistas al nuevo sistema político legal. Desde el punto de vista de M. Cavarozzi (1983), la no resolución de ese “nudo” terminó por generar un “sistema político dual”, debido a la escasa correspondencia entre las formas institucionales de acción política y los alineamientos sociales. A partir de entonces, ante la falta de una ecuación política capaz de articular sociedad y Estado, ninguna experiencia gubernamental logró conformar un orden estable (J. C. Portantiero: 1977).

En consecuencia, los dos gobiernos “semidemocráticos” del período 1955-1966, el de Frondizi y el de Illia, fueron “democracias débiles” que fracasaron y fueron derrocadas por golpes de Estado. La Argentina enfrentaría una situación de creciente conflictividad política y movilización social junto con el deterioro del sistema institucional para la resolución de los conflictos. Particularmente, el peronismo representado en los sectores populares y el movimiento obrero organizado, se convertiría en el eje de un significativo movimiento opositor y resistente en el cual Perón emergió como el principal símbolo del retorno de la “época perdida”.

Mientras tanto, en las capas medias e intelectuales se desarrollaba un proceso de articulación entre tendencias modernizantes e ideas de corte revolucionario, dentro de las cuales pasó a ocupar un lugar destacado el tema del “compromiso” de los intelectuales (O. Terán, 1991 y S. Sigal, 2002). En este sentido, como destaca B. Sarlo (2001), la influencia de la Revolución Cubana será crucial, ya que desde entonces los conceptos de “intelectual e intelectual comprometido comenzaron a acercarse hasta llegar a ser sinónimos”. En la misma línea, C. Gilman (2003) observa que en el horizonte político latinoamericano pasó a ocupar un lugar central la idea de revolución y una de sus consecuencias fue el crecimiento de tendencias de corte “antiintelectual”. Según O. Terán (1991), entre los intelectuales, ese proceso habría sido acompañado por un sentimiento de “autoculpabilización” –por su “histórico” alejamiento de los sectores populares- y por un fuerte impulso hacia la acción política.

En el ámbito de la izquierda argentina, comenzaron a producirse un conjunto de nuevas interpretaciones del peronismo en ciertos círculos marginales y en oposición con la postura de los partidos mayores de la izquierda, el Partido Socialista y el Partido Comunista, situación que se explica en parte por la dominante presencia del clivaje peronismo/antiperonismo en el clima político del período. Este proceso remite a cierto grupo de intelectuales y a un conjunto de libros y publicaciones entre las que se destaca la Revista Contorno (1953-1959). Esta situación revisionista ocurre primero como

fenómeno ideológico-cultural antes que político. Estas interpretaciones eran parte de un “discurso militante” que tomaba la forma de análisis histórico pero referido a un proceso actual. Si el peronismo no pertenecía a la familia de los movimientos fascistas, el debate giraba en torno a la definición de qué había sido: ¿un frente antimperialista, un movimiento de liberación nacional, una tentativa nacional-burguesa de construir un capitalismo autónomo? Las diversas interpretaciones en disputa coincidían en que el peronismo, aún con sus limitaciones y falencias, había sido un “fenómeno progresista” respecto a la dominación oligárquica.

Esas tendencias condujeron a una revisión crítica de las posturas de los Partidos Comunista y Socialista. En este sentido, un parte de la izquierda encabezada por una joven generación experimentaría “un viraje” que tuvo efectos considerables y que consistió en la resignificación no sólo del peronismo sino también de cuestiones más generales de la historia nacional, reemplazando representaciones que eran dominantes en la izquierda hasta entonces (Altamirano, 2001: 68). También se extendió a la doctrina y la tradición del liberalismo, que pasó a ser considerado como un velo que ocultaba la situación de dependencia nacional. Este proceso provocó que algunos sectores provenientes de la izquierda socialista o comunista, luego de intentar la renovación al interior de sus partidos protagonizaran experiencias de ruptura con la izquierda “tradicional”, trazando así una división entre una “vieja” y “nueva” izquierda (Tortti, 2009). Tal es el caso del socialismo que se dividió a mediados de 1958 en Partido Socialista Democrático (PSD) y Partido Socialista Argentino (PSA) como la posterior ruptura del Partido Comunista en 1967/68 luego de varios años de crisis y disputas al interior de este partido (Tortti, 2002).

Estas rupturas fueron provocadas por los distintos posicionamientos en torno la reinterpretación del peronismo, el intento de depurar “el gorilismo” de estos partidos y el acercamiento con los trabajadores y los sectores populares identificados con el peronismo. También, a partir de la influencia de la Revolución Cubana algunos de los ejes de estas rupturas girarían en torno a cuestiones como: las “vías” para acceder al poder, el papel de los mecanismo electorales, el “carácter” de la revolución, sus “etapas” y el papel de la “burguesía nacional” (Tortti, 2009). De estos debates se desprende en 1962, el Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV) quienes formaban parte del “ala izquierda” del PSA y estaban dispuestos a sostener una política “frentista” con el peronismo. Este partido fue cercano al pensamiento del “Che”

Guevara y a Cooke, sosteniendo una tendencia socialista revolucionaria, pro peronista y cubana.

Al mismo tiempo, estos procesos fueron acompañados por la emergencia de ciertos grupos que simpatizaban con una “izquierda nacional” que facilitó el encuentro entre “la cuestión nacional”, con la revolución y el socialismo. Definida en sentido amplio, la “izquierda nacional” como tendencia ideológica estaba representada en los escritos de algunos autores que serían de fuerte interpelación para toda una nueva generación de jóvenes: *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* (1956) de Rodolfo Puiggrós, *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina* (1957) de Jorge Abelardo Ramos y *La formación de la conciencia nacional* (1960) de Juan José Hernández Arregui, entre otros (Georgieff, 2008). En tanto fuerza política, la “izquierda nacional” se identificaba con los grupos que convergieron en el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) creado por Ramos en 1962, donde confluyeron jóvenes militantes del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN) con jóvenes del PSAV e independientes. Entre estos jóvenes estaban Ernesto Laclau, Adriana Puiggrós, Blas Alberti, Analía Payró y otros.

Desde una parte del peronismo, también se produjo una redefinición de la propia identidad, ya que algunas de estas relecturas utilizaron categorías provenientes de la tradición marxista, como por ejemplo, los escritos de John William Cooke cristalizando así ciertas tendencias que podríamos denominar como “peronismo de izquierda” a través del cual surgieron posiciones que planteaban la revolución social para alcanzar el “socialismo nacional”. Aquí no podemos dejar de mencionar el impacto que tuvo la resistencia peronista y la emergencia de un sindicalismo combativo. Además, el propio Perón desde el exilio se pronunciaría a favor de Fidel Castro y Mao, acercándose discursivamente a los movimientos de revolución nacional, identificando al peronismo con estas luchas en el Tercer Mundo.

También este proceso de renovación política alcanzó a ciertos sectores provenientes del mundo católico. En el mundo católico a partir de los diversos documentos emanados del Concilio Vaticano II (1962-1965) como el Manifiesto de Obispos del Tercer Mundo de agosto de 1967 y la Conferencia de Obispos Latinoamericanos de Medellín en 1968, puede rastrearse un quiebre en el pensamiento eclesiástico y una progresiva vinculación de la cuestión religiosa con la cuestión social y luego con la política (Morello, 2003; Gil, 2003; Martin, [1991] 2010). A fines de 1967 en la Argentina emerge en algunos

sectores de la Iglesia un cuestionamiento a las estructuras tradicionales y se crea el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (MSPTM), que como señala G. Gil fue una organización generadora de un discurso teológico que incorpora el concepto de “liberación” a los valores evangélicos (2003:1). A este movimiento debe agregarse la experiencia de los curas villeros, curas obreros, distintos cuadros intermedios de la Acción Católica Argentina (ACA) y estudiantes católicos universitarios, agrupados en la Juventud Universitaria Católica (JUC). No debemos pasar por alto la posterior aparición de la revista Cristianismo y Revolución (1966-1971) dirigida por Juan García Elorrio, donde quedaba explicitado que el deber de los cristianos sería contribuir al cambio revolucionario. Estos grupos cristianos coincidieron en la necesidad de un cambio de sistema que solucionara la pobreza y la injusticia social producto del sistema capitalista. Buena parte de ellos, adoptaron como horizonte la realización de un “socialismo nacional”, en la medida en que tanto sacerdotes como laicos comenzaron un proceso de acercamiento crítico al peronismo afirmando que “si el pueblo en Argentina es peronista, la Iglesia debe hacerse peronista” (Morello, 2003).

## **SOCIOLOGÍA Y PERONISMO. LA EMERGENCIA DE LAS CÁTEDRAS NACIONALES**

En el ámbito de la universidad, se ponía en marcha las líneas de modernización cultural y científica de la Universidad. Entre los cambios más importantes del período, cabe mencionar la creación de numerosos centros de investigación, la carrera de “investigador a tiempo completo”, el fortalecimiento de las bibliotecas, laboratorios, la formación de una editorial universitaria –EUDEBA–, la fundación del CONICET en 1957 y la creación de las carreras llamadas “modernas”. Estas innovaciones tenían como finalidad estimular la investigación y la producción científica frente al rasgo “profesionalista” que históricamente había tenido la universidad en el país. Se abogaba por una universidad donde las carreras como abogacía, ingeniería y medicina dejaran de ser centrales para darle lugar al desarrollo de otras disciplinas como las Ciencias Exactas y las Ciencias Sociales.

Entre estas transformaciones en el ámbito académico y científico, nos interesa resaltar el impulso que recibieron las Ciencias Sociales. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA se crearon las carreras de Antropología, Psicología, Educación y Sociología, con una orientación que privilegiaba una metodología con base en la

investigación empírica. En este marco de modernización universitaria se llevaría a cabo el proyecto de creación de Carrera de Sociología, elaborado por Gino Germani, que impulsaba una “sociología científica” alejada de la filosofía social y del ensayismo, apuntada a lograr un conocimiento “objetivo” de la realidad social, que separara ciencia e ideología y consagrara la figura del especialista.

A su vez, la sociología se erigiría en una de las voces que desde mediados de los cincuenta disputaría por los significados de la experiencia peronista. Según A. Blanco (2004; 2006) y F. Neiburg (1998), la sociología debió afrontar una doble demanda inicial -hermenéutica y práctica, política e intelectual- consistente en interpretar el “fenómeno peronista” y aportar en la búsqueda de una fórmula política capaz de “asimilar a las masas” al sistema político legal. Al respecto comenta Sarlo que “admitir los aspectos positivos del peronismo y rechazar los métodos políticos que empleó, era un requisito para ello” (Sarlo, 2001:21).

El proyecto liderado por Germani, entonces, se articuló sobre dos apuestas intelectuales, por un lado la redefinición del perfil de la sociología como disciplina científica, sus temas de estudio, referencias teóricas y métodos. Y por otro lado, una apuesta de carácter político e intelectual en la que la problemática del desarrollo económico y la modernización de la sociedad argentina ocupó un lugar central. La cuestión del desarrollo y el debate alrededor de los factores favorables o desfavorables para superar el atraso económico y abandonar el rango de país productor de materias primas para asumir el imperativo de la industrialización fue un tema en expansión durante los años cincuenta que atrajo a diversos grupos políticos e intelectuales y fue el gran tema de las Ciencias Sociales en América Latina.

Cabe destacar aquí que tanto la CEPAL -creada en 1947- como el ensayo clásico de Raúl Prebisch “El desarrollo económico de Latinoamérica y sus principales problemas” de 1950 tuvieron una fuerte influencia teórico doctrinaria en el pensamiento de Germani y de otros intelectuales argentinos. Uno de los focos de irradiación de esta perspectiva fue la Revista de Desarrollo Económico que comienza a ser publicada en 1958 y el Instituto del Desarrollo Económico y Social (IDES), uno de los principales propagadores de las ideas de la CEPAL en la Argentina que fue creado en 1960 por Aldo Ferrer, Gino Germani y José Luis Romero. Ahora bien, esta cuestión del desarrollo era acompañada por una teoría de la modernización en auge, que sobre la base de una imagen del desarrollo de las sociedades occidentales, proponía que los

países del mundo subdesarrollado llevarían a cabo un proceso de tránsito desde la tradición hacia la modernidad, transición que replicaría las transformaciones económicas, políticas y culturales de los países centrales (Blanco, 2004:209).

Posteriormente, esta sociología inspirada en Germani comenzará a ser cuestionada hacia mediados de los sesenta, acusada de replicar a la sociología norteamericana y proponer un modelo de desarrollo inspirado en los intereses “imperiales”. La teoría de la modernización de Germani consistía en una “alternativa gradualista, reformista, asociada con la democracia representativa” (Altamirano, 2001:57). Este cuestionamiento está vinculado con el surgimiento de la teoría de la dependencia, que emergió a fines de los sesenta del “cruce de la corriente cepaliana, el nacionalismo económico, el antiimperialismo y el marxismo” (Terán, 2009: 287) e insertó a las sociedades latinoamericanas en un paradigma que las colocaba en línea con las revoluciones tercermundistas, particularmente con la Revolución Cubana. De este modo, el tema del desarrollo pasó de ser un problema teórico y técnico a una cuestión política en la que emergía la idea de “revolución”. La teoría de la dependencia aportó elementos que eran acordes con la radicalización política de los años sesenta (Sarlo, 2001:118).

Si bien en un principio Germani contó con el apoyo del movimiento estudiantil, en su mayoría jóvenes provenientes del socialismo y militantes activos de la Facultad de Filosofía y Letras, alrededor de 1962 la creciente politización de estos jóvenes los alejó de él (Noé, 2005:177). La Revolución Cubana y los distintos procesos de liberación nacional llevados a cabo en Asia y África, tuvieron un efecto político importante en el movimiento estudiantil, acentuando por un lado su orientación “antiimperialista” y la antinomia “liberación o dependencia” y por otro lado, favoreciendo una nueva lectura del peronismo como “movimiento de liberación nacional”. Estos años estarán marcados por los primeros acercamientos de las organizaciones estudiantiles al movimiento obrero peronista y la autocrítica por el lugar que habían asumido en 1955.

Los límites del proceso de modernización universitaria se encontraron en la creciente dificultad de constituir a la universidad en un espacio autónomo para el debate académico porque los conflictos y tensiones de la vida política nacional atravesaban cada vez más las problemáticas específicas de la universidad. La creciente radicalización política de la juventud incidió en la división de la comunidad académica: los estudiantes se movilizaron contra los exámenes de ingreso, el aumento de los

aranceles de los comedores, las restricciones presupuestarias y la recepción de subsidios externos (Buchbinder, 2005:187). También se expresó en el cuestionamiento a la renovación universitaria y la oposición a la autonomía de la ciencia respecto a los procesos políticos y el debate en torno a la utilización de subsidios extranjeros para la investigación -considerados como “penetración imperialista”. Muchos de los ejes de la “modernización” suscitaron la oposición del movimiento estudiantil, y fueron identificados con el “cientificismo” como “dos caras de la misma maniobra destinada a atomizar la universidad”. Como sostiene Sarlo, “frente al consenso de los profesores, se alza el consenso de los estudiantes, trazando líneas desde una perspectiva corporativa que, en nombre del pueblo, y creyéndolo honestamente así, plantea la defensa de los intereses más inmediatos de una parte de la comunidad universitaria.”

En ese contexto se produjo el comienzo de la impugnación y la pérdida de fuerza del proyecto de Germani, cuestionado por la izquierda estudiantil y por algunos de sus jóvenes discípulos -Eliseo Verón y Miguel Murmis - que buscaban introducir en la carrera tanto a autores marxistas como las perspectivas de la antropología estructural y la teoría de la comunicación. De este conjunto, al que se identificaba como cátedras “marxistas”, también formaron parte, entre otros, Juan Carlos Portantiero, Oscar Landi, Isidoro Cheresky y Juan Manuel Villarreal.

No faltaría mucho tiempo, para que la intervención universitaria de la dictadura de Onganía el 29 de julio de 1966 con el decreto ley 16.912, le diera su punto final al proceso de modernización y renovación académica que se venía llevando a cabo hasta entonces. En la UBA, la universidad más importante del país, numerosos profesores fueron cesanteados y otros tantos renunciaron. Particularmente, en la Facultad de Filosofía y Letras, como en la de Medicina, Ingeniería, Arquitectura y Ciencias Exactas fueron tomados los edificios por estudiantes y profesores, quienes fueron desalojados violentamente por las fuerzas militares, dejando como saldo un grupo considerable de estudiantes detenidos. Este episodio es conocido como “la noche de los bastones largos”.

Como consecuencia de la intervención en la carrera de Sociología había pocos docentes con formación en la disciplina y algunos de los docentes, si bien habían optado por continuar en sus cargos, como fue el caso de Eliseo Verón, Miguel Murmis, Silvia Sigal, perdieron sus lugares cuando en el cuatrimestre siguiente, marzo de 1967, no



fueron renovados sus contratos. De modo que de unos 28 profesores con formación en la disciplina quedarán solamente 4, siendo ocupados sus lugares por sacerdotes, profesores de historia y filosofía. No obstante van a quedar en la facultad grupos de alumnos aventajados que a la par que continúan con su proceso de politización encuentran la posibilidad de desempeñarse como auxiliares docentes (Rubinich, 1999:20).

En ese contexto, ingresan a la Carrera de Sociología profesores vinculados al “catolicismo postconciliar”, como es el caso de Gonzalo Cárdenas, quien provenía de la Democracia Cristiana y estaba vinculado con grupos humanistas en proceso de peronización y Justino O’ Farrell, sacerdote con estudios de posgrado quienes darán origen junto con un grupo de jóvenes sociólogos a la experiencia de las denominadas “cátedras nacionales” entre 1968 y 1972. El origen de un proyecto intelectual y político de tales características en el marco de la universidad intervenida, es de carácter complejo y merece ser estudiado con particular atención. Según Horacio González, esta experiencia fue la expresión de una alianza entre un sector del movimiento estudiantil con Cárdenas y O’Farrell -quienes habían sido designados por la intervención- que mostraría una fisura al interior de la intervención de Onganía (Burgos, 2004:181).

En su mayoría estas cátedras fueron materias optativas o seminarios especiales como por ejemplo: “Sociología de América Latina” (1968); “Conflicto social” (1968); “Problemas socioeconómicos argentinos I” (1968). Entre las materias obligatorias del plan de estudio que fueron ocupadas por las CN debemos mencionar a la cátedra de Sociología Sistemática a cargo de O’ Farrell quien reemplazó en la cátedra a M. Murmis e Historia Social Latinoamericana cuyo titular era Cárdenas. O’ Farrell será promovido en 1969 a Director del Departamento de Sociología y Cárdenas a Director del Instituto de Sociología.

Algunos de los docentes que protagonizaron esta experiencia ingresaron en la carrera en 1963/1964 y todavía no habían alcanzado su graduación. Entre ellos estaban Alcira Argumedo, Horacio González, Juan Pablo Franco, Fernando Alvarez, Roberto Carri, Enrique Pecoraro, Ernesto Villanueva y Susana Checa. También participaron otros docentes con formación filosófica como Amelia Podetti, Gunar Olson y Norberto Wilner, así como Rolando Concatti, uno de los más conocidos miembros del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo- y Norberto Hebegger, ex seminarista jesuita.

Las Cátedras Nacionales en el plano político, estimularon la reorientación de militantes, franjas de intelectuales y estudiantes hacia el movimiento peronista. Por eso, no podemos dejar de considerar el vínculo entre esta experiencia y las agrupaciones estudiantiles como la Juventud Universitaria Peronista (JUP) que se formó en 1962 paralelamente al surgimiento de la JP y el Frente de Estudiantes Nacionales (FEN) que nace en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1967. Este último fue receptor de los estudiantes de izquierda que se “nacionalizaron” y peronizaron. El Frente Estudiantil Nacional (FEN) fue una agrupación universitaria de vertiente marxista, pero que se definía así mismo como grupo “de pasaje al peronismo”. Estuvo liderado por Roberto Grabois, en ese momento, estudiante de Sociología (Reta, 2009). Al respecto, esta agrupación estudiantil consideraba que durante el combate contra la dictadura de Onganía, un gran sector del movimiento estudiantil “en base a esfuerzos ideológicos y políticos precursores” dará el salto que romperá definitivamente con el antiperonismo que lo alejaba de los trabajadores (Reta, 2009: 1075).

Respecto de la universidad, estas cátedras cuestionaron a la “tradicción reformista” por concebir a la universidad como una “isla democrática” y en tal sentido, rechazaron las políticas universitarias modernizadoras llevadas a cabo durante el período que comienza en 1955, en la denominada “edad de oro” en la universidad, al considerarlas alejadas de los intereses nacional-populares. Al respecto este grupo sostendrá que la universidad funcionaba democráticamente a espaldas de la persecución política y la represión que sufría el movimiento obrero. El proyecto político e intelectual de las cátedras nacionales impulsaba una “universidad militante” cuya función social sería la de acompañar a la clase trabajadora en un frente antioligárquico y antiimperialista en la lucha contra la dictadura de Onganía y con la perspectiva de poder conformar posteriormente una Universidad Nacional y Popular que tuviera sintonía con el socialismo nacional al que aspiraban junto con la vuelta de Perón.

En el ámbito de las Ciencias Sociales y de la Sociología en particular, los cuestionamientos apuntaron tanto al proyecto de la “sociología científica” como a las llamadas “cátedras marxistas”. Las Cátedras Nacionales instalaron una particular concepción de las ciencias sociales al enfatizar el carácter político de las mismas, en contraposición con los postulados de “objetividad científica” o “neutralidad valorativa”, y por destacar como “necesaria” la vinculación de las Ciencias Sociales con “el proceso de liberación nacional” y el movimiento peronista (Argumedo, 1971). A su

vez, estas cátedras formularon una nueva definición del intelectual y el rol del sociólogo, el cual debía tener un fuerte compromiso con las luchas del Tercer Mundo y una “vinculación práctica y real con el movimiento nacional”. Esta experiencia llegaría a ser un foco para el diseño de un modelo institucional alternativo de universidad y también un programa para la renovación teórica de las Ciencias Sociales. Ambas iniciativas tendrían un principio de ejecución cuando Rodolfo Puiggrós fuera interventor de la Universidad de Buenos Aires y Justino O’ Farrel, una figura importante de estas cátedras, el decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

## **NARRATIVAS ANTICOLONIALISTAS Y TERCERMUNDISTAS DE LA CULTURA**

A continuación vamos a analizar dos artículos publicados por este grupo de sociólogos en la revista *Antropología Tercer Mundo*<sup>1</sup>, que han sido seleccionados de acuerdo con un criterio de relevancia para rastrear la perspectiva de análisis cultural de este grupo de intelectuales: “La cultura popular latinoamericana” de Justino O’Farrell y “Cultura popular y cultura ilustrada” de Guillermo Gutiérrez.

Para las cátedras nacionales, la antropología cultural es una perspectiva a la que se le debe reconocer el mérito de ampliar el concepto de cultura, incluyendo dentro del mismo no sólo los aspectos intelectuales sino también los productos materiales y cotidianos del trabajo humano así como la incorporación del concepto de relatividad cultural.

En estos puntos estos intelectuales reconocerán los aportes de esta disciplina. Sin embargo, sostendrán que la antropología cultural en tanto disciplina científica es “una consecuencia directa de las necesidades coloniales” porque sus análisis y estudios se hicieron desde un marco de referencia particular: el de la cultura europea o norteamericana. La pregonada relatividad cultural “se convierte en relatividad dentro de los moldes del colonizador”.

---

<sup>1</sup> *Antropología Tercer Mundo* fue una publicación muy importante en el campo de las Ciencias Sociales de la época, y expresó la matriz ideológica y conceptual con la que se identificaban las “cátedras nacionales”. La revista *Antropología Tercer mundo* se publicó entre noviembre de 1968 y marzo de 1973 y estuvo dirigida por el antropólogo Guillermo Gutiérrez.

Nos resulta interesante el énfasis que estos intelectuales ponen en el “hablar desde Latinoamérica” como alternativa descolonizadora y expresión del compromiso con los desfavorecidos. En este sentido, ellos proponen abandonar el supuesto de la teoría del desarrollo y la modernización en pos de sostener en clave con el marxismo latinoamericano, la teoría de la dependencia. La diferencia entre las culturas “desarrolladas y subdesarrolladas” se basa en una contraposición irreductible y de carácter político: la diferencia entre las metrópolis imperialistas como polo de los opresores y la de los pueblos del Tercer Mundo que luchan por lograr o afianzar su liberación. La cultura es entendida íntimamente ligada a las políticas de opresión o de liberación.

Acorde con esta antítesis: liberación/opresión, se define una “cultura ilustrada” y una “cultura popular”. La cultura popular será considerada un motor para la lucha por la liberación nacional, mientras que la cultura ilustrada se presenta como “el arma del imperialismo contra el pueblo que desea someter”. El antagonismo histórico entre barbarie y civilización, entre caudillos y montoneras que luchaban por salvar a la nación y los gobiernos de las oligarquías que pedían progreso al cambio de la entrega del país, ponen de manifiesto los alcances de la contradicción entre ambas de acuerdo con la lectura revisionista de la historia que alentaban.

La cultura popular supone tal como la definen este grupo de intelectuales, un planteo global de toda la problemática humana, o sea, del hombre y de su sociedad, de la relación social, de la dignidad incondicional de los hombres sobre las cosas. El núcleo cultural, consideran que es la acción política contra el opresor y a partir de este núcleo una difusividad creciente es lo que va caracterizando las expresiones de la cultura del pueblo.

Respecto a la cultura popular sostendrán:

*La cultura popular es el mecanismo que el pueblo emplea para unificarse y realizar su proyecto histórico. Le sirve como identificador, y le permite armar estrategias adecuadas para el triunfo. Es inseparable de su misma definición como pueblo, que se autoafirma luchando contra la dominación, es decir, luchando por el poder, es decir, la cultura popular es ante todo un hecho político, es pura política (Antropología Tercer Mundo, 1970- N°5:69).*

Por el contrario, la cultura ilustrada, la introduce el imperialismo en el seno del pueblo a través de diversos mecanismos como medios de comunicación, la educación, las expectativas de consumo. Aparece aquí la advertencia de la conformación de “una cultura de masas” que amenazaba el proceso de liberación nacional y la toma de conciencia de las clases populares:

*La cultura popular o por lo menos algunas esferas que se presten, pueden ser arrastrados a ser parte de la sociedad de consumo y comercialización, como ocurre con algunas versiones del folcklore nacional. (...) Esas vertientes no dejarán de contribuir a la claudicación, sumándose a la pedantesca intención aquella de educar al soberano, y que en realidad implicaba entrenarlo en sujetarse a las exigencias y conveniencias de la dominación británica en desmedro de la nación (Antropología Tercer Mundo, 1969- N°2:20.)*

Sin embargo, se reconoce en el pueblo la capacidad de absorción y apropiación de esta cultura, que transformada en cultura propia considerarán que pierde su matriz originaria, se desmitifica y *es incorporada al léxico común de la lucha*. Es decir que el pueblo, resiste a pesar de la omnipotencia de la dominación y de su omnipresencia. La docilidad de los grupos populares y de su cultura es difícil de extinguir. *No es la primera vez que la cultura popular subsiste como las brasas bajo las cenizas (Antropología Tercer Mundo, 1969- N°2:24)*. El proceso de liberación nacional tal como sostenía este grupo de intelectuales es un proceso lento pero permanente y constante.

## **A MODO DE CONCLUSIONES**

Consideramos que las Cátedras Nacionales constituyeron una microexperiencia localizada que fija un antecedente de los estudios culturales latinoamericanos en la Argentina en tanto expresaron una narrativa anticolonialista y tercermundista en el análisis de la cultura.

Ellas fueron el fruto un clima de época en el cual la militancia política, el compromiso con los sectores populares, el ideal de la revolución y el socialismo, eran el eje central de todas las prácticas sociales, incluyendo a las culturales, profesionales y académicas. Muchos militantes que provenían de sectores católicos o de la izquierda,

hacían una relectura del peronismo y se volcaban hacia la militancia en ese movimiento: las CN nutrieron esa experiencia. Ellas cumplieron un rol central en el proceso de acercamiento al peronismo de sectores de clase media, fundamentalmente jóvenes.

Además, estas cátedras intentaron hablar de Latinoamérica “desde” Latinoamérica proponiendo “un pensar situado”. En tal sentido, intentaron crear una teoría social revolucionaria, una teoría social en clave con la lucha por la “liberación nacional” recuperando ciertos saberes populares y los aportes del pensamiento nacional y la teoría de la dependencia.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Altamirano, C. Peronismo y cultura de izquierda, Temas Grupo Editorial, 2001.

Barletta A. M. y Tortti M. C., “Desperonización y peronización en la universidad en los comienzos de la partidización de la vida universitaria”, en Krotsch, P., La universidad cautiva, Al Margen, 2002.

Blanco, Alejandro, Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en la Argentina, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006

Burgos, R., Los gramscianos argentinos, Siglo XXI, 2004, II Parte, capítulo IV.

Chama, M. y Tortti, M. C., “Los nudos político-intelectuales de una trayectoria. Entrevista a Juan C. Portantiero”, Cuestiones de Sociología n° 3, 2006.

Mallimaci, F y Giorgi G. “Nacionalismos y Catolicismos en la Facultad de Filosofía Y Letras de la Universidad de Buenos Aires”, en 50 aniversario de la Carrera. VII Jornadas de Sociología. Pasado, presente y futuro, Buenos Aires, Carrera de Sociología UBA, 2007. Pág. 3

Georgieff, G. Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970), Prometeo, 2008.

Ghilini, A. Ciencias Sociales, Peronismo y Liberación Nacional. La experiencia universitaria de las Cátedras Nacionales, Editorial Académica Española. Berlin, 2012.

Gil Germán, “Cristianismo y Revolución. Una voz del jacobinismo de izquierda en los 60”. Estudio preliminar Cristianismo y Revolución (edición facsimilar digital completa), Buenos Aires, CEDINCI, 2003.

Gilman, C., Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina, Siglo XXI, 2003.

Morello, G., Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina, Universidad Católica de Córdoba, 2003.

Noe, A., Utopía y desencanto. Creación de la carrera de sociología en la Universidad de Buenos Aires: 1955-1966, Miño y Dávila, 2005.

Rubinich, L., “Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los 60”, Proyecto UBACYT La sociología Argentina en los últimos veinte años, Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA, 1999.

Sarlo, B. La batalla de las ideas: 1943-1973, Ariel, 2001.

Sigal, S, Intelectuales y poder en Argentina: la década del sesenta, Siglo XXI, 2002.

Terán, O. Nuestros años ´60: La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966, Punto Sur, 1991.

----- “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980, en O. Téran (c), Ideas en el siglo: intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano, Siglo XXI Argentina, 2004.

----- Historia de las ideas en Argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980, Siglo XXI, 2009.

Tortti, M. C., “Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en Pucciarelli, A. (e) La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN, Eudeba, 1999.

Williams R., Marxismo y Literatura, Las Cuarenta, 2009, p. 174.

#### **FUENTES DOCUMENTALES:**

Argumedo A “Cátedras Nacionales: Una experiencia peronista en la universidad” Envido. Revista de política y Ciencias sociales, Año I / N°3, Abril 1971.

----- “Notas sobre la polémica con el marxismo” en Antropología Tercer Mundo Año 2 N° 6 Número especial, s/fecha.

----- Los silencios y las voces de América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular, Ediciones del Pensamiento Nacional, 2006.

Declaración de Docentes Peronistas publicado en H. Arregui, La formación de la conciencia nacional, Ediciones Continente, 2004.

Gutierrez, G., “Cultura popular y cultura ilustrada”, *Antropología Tercer Mundo*, Año 2, N°5, edición especial.

O’Farrell, J., “La cultura popular Latinoamericana”, *Antropología Tercer Mundo*, Año 1, N° 2, mayo de 1969.